

El sueño de la salud

Estos días, he soñado que la ciudadanía estaba más orgullosa de su sistema público de salud que de su equipo de fútbol, y lo apoyaban y animaban, criticándolo solo para conseguir que fuera el mejor.

Los mejores profesionales cobraban el doble que los menos comprometidos, tenían un alto reconocimiento social y contaban con autonomía para organizar su trabajo.

La financiación era suficiente, y cada año la inversión en promoción y prevención de la salud crecía mucho más que la financiación general.

La atención en las casas o residencias se prestaba con la misma calidad que en los centros sanitarios, y las listas de espera para diagnósticos y tratamientos no eran motivo de preocupación para los pacientes, ya que respondían a las necesidades y prioridades en salud de forma equitativa y adecuada.

He soñado que cuando un paciente acudía a un centro se encontraba con el mismo equipo sanitario, que le conocía desde hacía años y se encargaba de todo lo que afectaba a sus estilos de vida y su salud, dedicándole el tiempo y la orientación adecuados en función de sus prioridades y preferencias personales.

El ministerio de salud y las consejerías no eran de segunda fila política y no se dedicaban solo a la atención sanitaria, sino que la salud era un plan de gobierno transversal, dedicado a todo lo que tenía impacto en la misma. También se mantenía la libertad de gestión de las autonomías, pero la financiación iba ligada a unos mínimos comunes en recursos, provisión pública, régimen laboral y sistemas de información.

Los proveedores farmacéuticos y de equipamientos tenían el margen comercial de otros sectores, colaboraban activamente en lo que de verdad necesitan profesionales y pacientes y el mercado era totalmente honesto y transparente.

La medicina privada no discriminaba a los pacientes por sus riesgos, colaboraba con la pública de forma complementaria, en lugar de alimentarse de sus fallos, y su preocupación por la calidad y la seguridad era mayor que por la hostelería o el beneficio económico.

Soñé que los tratamientos y los cuidados se prestaban de forma integral para cada persona y no se realizaban actuaciones que no aportaban valor. También que la atención primaria, la salud mental, los cuidados paliativos, la salud pública, la atención a enfermos crónicos o la coordinación entre los servicios sociales y sanitarios, disponían de más recursos que la atención hospitalaria y eran los ámbitos más buscados y valorados por la ciudadanía.

Los hospitales colaboraban en redes y eran complementarios a la atención primaria, contrataban a los mejores profesionales, y no solo a los ya conocidos, los servicios de referencia se establecían por criterios de eficiencia y calidad en lugar de por búsqueda de prestigio profesional o intereses locales, y disponían de suficientes recursos económicos y de tiempo para la investigación y la docencia.

Los programas de salud se diseñaban en función de las necesidades de las personas y colectivos más vulnerables, eran la guía para todas las organizaciones sanitarias y buscaban alianzas locales con todo tipo de asociaciones y colectivos para ser más efectivos.

Las personas consideraban que estaban bien informadas, se contaba con su opinión y se sentían responsables de su propia salud, haciendo un uso sensato y adecuado de los servicios.

Soñaba que los gestores y responsables de servicios sanitarios eran profesionales tan cualificados como en las mejores empresas privadas, y eran seleccionados, evaluados y reconocidos por su capacidad de liderazgo y resultados, en vez de por amiguismo o por docilidad al partido gobernante.

La formación continuada de los profesionales, tanto en conocimientos técnicos como actitudes, habilidades en comunicación o ética profesional, era un objetivo prioritario de la gestión de personas, que también contemplaba estabilidad, la información, la comunicación o el reconocimiento.

Aspectos como la calidad, la eficiencia, la equidad o la seguridad del paciente eran una preocupación de todos los profesionales sanitarios, y no solo de los expertos o los gestores.

Las tecnologías de la información, terapéuticas y de ayuda se utilizaban de forma adecuada y eficiente, guiadas por el valor añadido que aportaban, en lugar de por las modas o incentivos, y el sector salud era el referente en innovación en gestión de servicios.

Los medios de comunicación eran un altavoz de las opiniones y logros de los profesionales, trataban la información sanitaria con rigurosidad y veracidad, y eran aliados para ampliar los conocimientos de la ciudadanía, regular expectativas irreales o contribuir a un diálogo constructivo en la sociedad.

Se incorporaban nuevos roles profesionales en las organizaciones sanitarias, y a cada uno de ellos se le sacaba el máximo partido. El corporativismo estaba muy mal visto, y los profesionales denunciaban internamente las actuaciones criticables, para poder mejorar el sistema.

Incluso sorprendido, y casi despertándome, soñé que los políticos de diferentes partidos buscaban consensos amplios sobre lo que técnicamente está

demostrado que funciona bien en sanidad, y no utilizaban este sector como arma arrojadiza para dramatizar los debates y confundir a la ciudadanía con fines partidistas.

Soñé muchas más cosas que quedaron en las brumas del sueño. Al despertarme fui consciente de que todo lo que había soñado no solo era necesario sino que era posible y realizable. Pero estábamos en campaña electoral, con lo que los políticos solo me comprarían parte del discurso, pero por supuesto no se daría ni un paso adelante para convertirlo en actuaciones reales e inmediatas, salvo la subida de algunos salarios para tener la calle tranquila.

Os cuento mi sueño solo con ánimo de un llamamiento urgente a la acción. La salud es demasiado importante para dejarla solo en manos de los políticos. ¿Cuántas más enfermedades, sufrimiento y muertes evitables podemos permitirnos? ¿Cuántos recursos escasos se pueden dedicar a actuaciones que no aportan salud? ¿Cuánta negligencia e irresponsabilidad puede soportar el sistema? ¿Cuántas ilusiones profesionales podemos perder?

Muchos de los aspectos del sueño se están consiguiendo parcialmente, gracias a los conocimientos y esfuerzos actuales y pasados de muchas personas, y tenemos todavía un sistema público de salud del que nos podemos sentir orgullosos. Pero es una obligación personal y social ir transformando el sistema de forma radical, decida y urgente para seguir mejorándolo de forma continuada y hacer realizable un sueño tan ilusionante y ambicioso.

Necesitamos decisión, convicción y un activismo valiente por parte de todos y cada uno. Pasar de la palabra a la acción. Porque la salud es responsabilidad de todas y cada una de las personas que componemos esta sociedad, y una inversión imprescindible para las generaciones futuras. Es un camino largo y complejo, pero sabemos cómo hacerlo. Y debemos comenzar a trabajar por conseguirlo todas las personas, estamentos y organizaciones, y ¡desde este mismo instante!

Oscar Moracho
Ciudadano y médico
27/4/2023